PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN Y LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA: HISTORIA Y FICCIÓN.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN AND THE PENINSULAR WAR: HISTORY AND FICTION.

Francisco Javier DÍEZ DE REVENGA*

Fecha de terminación del trabajo: octubre de 2009.
Fecha de aceptación por la revista: noviembre de 2009.

RESUMEN

Bajo el título de *Historietas nacionales* agrupó Pedro Antonio de Alarcón diecinueve narraciones, que podrían clasificarse en relatos de guerra, inspirados por la Guerra de la Independencia o las guerras carlistas; relatos legendarios y relatos diversos. Respecto del primer grupo, el escritor accitano conoció a algunos supervivientes que tomaron parte activa en el conflicto iniciado en 1808; y hasta sus oídos llegaron los relatos de las hazañas de sus paisanos en la lucha contra el invasor napoleónico. Y estos hechos llegan algunas veces exagerados y otras inexactos, pero siempre verdaderos por el espíritu que los anima.

Palabras clave: Guerra de la Independencia; Relato corto; Narrativa; Crítica literaria.
Identificadores: Alarcón, Pedro Antonio de; Atienza, Manuel.
Topónimos: Guadix (Granada); La Peza (Granada); España.
Período: Siglo 19.

SUMMARY

With the title *Historietas nacionales* Pedro Antonio de Alarcón offered 19 tales, grouped as war stories inspired by the Peninsular War or the Carlist wars, legendary sagas and assorted tales. With regard to the first category, the Guadix writer knew a number of survivors of action in the conflict that began in 1808; and heard about the exploits of his countrymen in the fight against the Napoleonic invader: deeds sometimes exaggerated or not very accurate but always true to the spirit of the events.

Keywords: Peninsular War; Short story; Narrative; Literary criticism.
Subjects: Alarcón, Pedro Antonio de; Atienza, Manuel.
Place names: Guadix (Granada); La Peza (Granada); Spain.
Period: 19th century.

---

* *Catedrático del Departamento de Literatura Española, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (Universidad de Murcia) y académico de número de la Real Academia Alfonso X el Sabio (Murcia). Correo electrónico:* revenga@um.es

Como es sabido, Pedro Antonio de Alarcón, uno de los mejores narradores españoles del siglo XIX y uno de los protagonistas de la Edad de Oro de la novela española, junto a Galdós, Clarín, Valera, Pereda y la Pardo Bazán, cultivó también, en diferentes épocas de su vida el relato breve. La serie de sus *Historietas nacionales* ha sido muy apreciada por la crítica posterior, que ha visto en ellas una energía especial y una amenidad sobresaliente. Además, como Alarcón fue un original creador de estructuras novelescas, ya imprimió a sus *Historietas nacionales* la maestría en el manejo de los materiales narrativos.

De hecho, Alarcón alcanza en esta serie de narraciones una de las cimas de su narrativa, ya que los ingredientes que mezcla en estas pequeñas historias así lo acreditan. Y uno de ellos es el componente de honda raigambre popular que los relatos poseen, sobre todo los que se sitúan y evocan los primeros decenios de su propio siglo. Tales relatos, en su vinculación con lo popular, podemos ponerlos en relación con obras similares de Fernán Caballero, y es que los relatos de Alarcón se relacionan con diversos aspectos de la época evocada, desde el tema heroico de la resistencia a los invasores franceses durante la Guerra de la Independencia hasta el popularismo épico de los bandoleros, pasando por las frecuentes algaradas civiles que al autor le tocó vivir. Especial fortuna, por esta razón, ha tenido ante los lectores de diferentes épocas relatos como *El carbonero alcalde*, *El afrancesado*, *El asistente* y, quizá el más conseguido de todos, *El libro talonario*.

Sin duda, Alarcón se sentía orgulloso de esta serie de relatos de su primera época. En la dedicatoria que hace de sus novelas cortas a don Juan Valera asegura que son escritos de juventud y que él fue el primero que escribió narraciones de este tipo, es decir tomadas de la tradición popular, históricas “al pie de la letra”, y que “las había oído referir a fidedignos testigos presenciales”.

En efecto, con el título de *Historietas nacionales* agrupó Alarcón diecinueve narraciones, que podrían clasificarse –tal como hizo Luis González-Palencia– en tres tipos: relatos de guerra, inspirados por la de la Independencia o por las guerras carlistas, entre los que se hayan algunos de sus mejores títulos como *El carbonero alcalde*, *El afrancesado*, *El extranjero*, etc. Luego, hay otros dos grupos: relatos legendarios y relatos diversos[1].

Como señala el propio González-Palencia, “los más interesantes son los del primer grupo. La Guerra de la Independencia dejó, como era natural, un inagotable anecdotario en que aparecen mezclados sucesos verdaderos y falsos de toda tendencia. Tanto heroísmo, tanto dolor, tanto sacrificio, tantos hechos sangrientos no pudieron por menos de impresionar vivamente y de dejar entre nosotros hondísima huella. Cuando Alarcón era niño estaban aún muy próximos los acontecimientos. Recordemos que su abuelo paterno, regidor perpetuo de

Guadix, vio confiscados sus bienes, fue preso en la cárcel de Granada y murió de resultas, todo por haberse opuesto a la entrada de los franceses en Guadix"[2].

Incluso, Alarcón llegó a conocer a algunos supervivientes que tomaron parte activa en la Guerra de la Independencia y hasta sus oídos llegaron los relatos de las hazañas de sus paisanos en la lucha contra el invasor napoleónico. Y estos hechos llegan, quizá exagerados algunas veces y otras inexactos, son siempre verdaderos por el espíritu que los anima. De su memoria de niño o de joven, entre los relatos que al comienzo de su carrera construye ya con singular maestría, sobre todo cuando se trata de aquellos que tienen que ver con su comarca, con las tierras que le vieron nacer.

Pero además, es que a Alarcón le seducía el heroísmo, el valor, el patriotismo, la defensa de España y de los valores, que para él, como pensador, representaba el concepto de nación, el concepto de independencia, el concepto de heroísmo. Porque no puede olvidarse el fervoroso patriotismo de Alarcón, puesto de relieve de manera especial en su brillante historial de soldado en Marruecos, y como cronista entusiasta, su odio a los invasores y su amor a nuestras historias y a nuestras gestas.

Todo ello lo simbolizará en sus héroes. Manuel Atienza, el carbonero alcalde, será el exponente del valor heroico de nuestros campesinos y su orgulloso e independiente final sorprenderá a quien al relato se aproxime en estos tiempos descreídos. Y García de Paredes, el afrancesado, que hará honor a su apellido ilustre y al heroísmo de sus antepasados, será el representante de la astucia del inteligente frente al poder militar y su actitud llegará a proporcionar al lector un escalofrío de emoción.

Charles Michel Geoffroy. Retrato de Pedro Antonio de Alarcón *(1859). Biblioteca Nacional, Madrid.*

Como señaló José Fernández Montesinos, Alarcón hacía alardes de objetividad y realismo, pero sobre todo de tradición oral, cuando de sus *Historietas* trataba:

> "La Guerra de Independencia dejó, como era natural, un inagotable anecdotario en el que se mezclaron cosas verdaderas y falsas de toda tenden-

> cia. Tanto dolor, tanta ruina, tanto heroísmo, tan inaudita barbarie por una y otra parte no pudieron menos de dejar hondísima huella, y memoria aún viva. Cuando Alarcón era niño estaba muy próxima, y los bandidos continuaban en las montañas las proezas de los guerrilleros. De sus familiares, de sus coterráneos, conservaba Alarcón innumerables recuerdos –con no haber sido la provincia de Granada, ni Andalucía en general, de las regiones más activas contra los invasores–. La vivacidad de ese relato de la defensa de Lapeza [sic] que hace Alarcón en *El carbonero alcalde*, unos años más reciente que *El extranjero*, proviene sin duda de lo directo de la información, tal vez inexacta o exagerada en los hechos, pero siempre verdadera por el espíritu. El tiempo transcurrido ha sido bastante a poetizar o despoetizar los actos de los héroes, y la perspectiva de las dos generaciones conviventes, la que fue protagonista de la epopeya y la que sobreviene luego es ya diferente. El narrador adopta en general el de esta última; sus héroes aparecen nimbados con el oro de la leyenda; escribe sobre lo que ha ido allegando la imaginación española, aplicada durante ocho lustros a la glorificación de aquellos hombres. Ningún propósito «realista» en estas historietas, entendiendo por realismo la reconstrucción minuciosa y fiel de lo que aquella España y aquellos españoles fueron en sí mismos, de los móviles e impulsos elementales."[3]

Vincula Fernández Montesinos las dos historietas que tienen que ver con la Guerra de la Independencia, *El carbonero alcalde* y *El afrancesado* a los cambios ideológicos que Pedro Antonio de Alarcón experimentó a finales de la década de los cincuenta del siglo XIX. Alarcón había sido un francófilo decidido y un liberal, que se torna conservador y nacionalista cuando escribe estas dos *Historietas*. *El afrancesado* se publica por primera vez en 1858, en *El Museo Universal*, y *El carbonero alcalde*, en la misma revista en 1859[4]. Ambas se recogerían en sus *Obras* con interesantes correcciones, por lo que podemos asegurar que el texto es definitivo, y está impregnado de la ideología patriótica, nacionalista y conservadora que caracterizaría su literatura a partir de entonces[5].

Desde luego, *El afrancesado* es un relato muy interesante desde el punto de vista estructural, ya que Alarcón hace funcionar en él un coro, representado por el pueblo de El Padrón, que clama ante las puertas de la botica contra el farmacéutico afrancesado por traidor. Pero cuando conoce la verdad de lo sucedido, y cómo el afrancesado ha dado muy buena cuenta de sus invitados, los militares franceses, envenenándolos, será el mismo coro el que interprete un emotivo planto ante el cadáver de quien ha muerto por defender la independencia de España.

Mientras que al principio, el grupo de figuras innominadas se acerca a la botica exclamando[6]:

"– ¿Qué hacemos? –dijo una de las sombras en correctísimo gallego.
– Nadie nos ha visto... –observó otra.
– ¡Derribar la puerta! –propuso una mujer.
– ¡Y matarlos! –murmuraron hasta quince voces.
– ¡Yo me encargo del boticario! –exclamó un chico.
– ¡De ése nos encargamos todos!
– ¡Por judío!
– ¡Por afrancesado!
– Dicen que hoy cenan con él más de veinte franceses...
– ¡Ya lo creo! ¡Como saben que ahí están seguros, han acudido en montón!
– ¡Ah! ¡Si fuera en mi casa! ¡Tres alojados llevo echados al pozo!
– ¡Mi mujer degolló ayer a uno!...
– ¡Y yo... –dijo un fraile con voz de figle– he asfixiado a dos capitanes, dejando carbón encendido en su celda, que antes era la mía!
– ¡Y ese infame boticario los protege!
– ¡Qué expresivo estuvo ayer en paseo con esos viles excomulgados!
– ¡Quién lo había de esperar de García de Paredes! ¡No hace un mes que era el más valiente, el más patriota, el más realista del pueblo!
– ¡Toma! ¡Como que vendía en la botica retratos del príncipe Fernando!
– ¡Y ahora los vende de Napoleón!
– Antes nos excitaba a la defensa contra los invasores...
– Y desde que vinieron al Padrón se pasó a ellos...
– ¡Y esta noche da de cenar a todos los jefes!
– ¡Oíd qué algazara traen! Pues no gritan ¡Viva el emperador!
– Paciencia... –murmuró el fraile–. Todavía es muy temprano.
– Dejémosles emborracharse... –expuso una vieja–. Después entramos..., ¡y ni uno ha de quedar vivo!
– ¡Pido que se haga cuartos al boticario!
– ¡Se le hará ochavos, si queréis! Un afrancesado es más odioso que un francés. El francés atropella a un pueblo extraño: el afrancesado vende y deshonra a su patria. El francés comete un asesinato: el afrancesado ¡un parricidio!"

Al final, todo cambia, cuando conocen la verdad de lo sucedido y el heroísmo sin límites de quien creían un traidor a la patria, convertido en héroe indiscutible:

"En esto inundaron la estancia más de cincuenta hombres y mujeres, armados con palos, puñales y pistolas, dando tremendos alaridos y lanzando fuego por los ojos.

– ¡Mueran todos! –exclamaron algunas mujeres, lanzándose las primeras.
– ¡Deteneos! –gritó García de Paredes, con tal voz, con tal actitud, con tal fisonomía que, unido este grito a la inmovilidad y silencio de los veinte franceses, impuso frío terror a la muchedumbre, la cual no se esperaba aquel tranquilo y lúgubre recibimiento.
– No tenéis por qué blandir los puñales... –continuó el boticario con voz desfallecida–. He hecho más que todos vosotros por la independencia de la Patria... ¡Me he fingido afrancesado!... Y ¡ya veis!... los veinte jefes y oficiales invasores..., ¡los veinte!, no los toquéis..., ¡están envenenados!...

Un grito simultáneo de terror y admiración salió del pecho de los españoles. Dieron éstos un paso más hacia los convidados, y hallaron que la mayor parte estaban ya muertos, con la cabeza caída hacia adelante, los brazos extendidos sobre la mesa, y la mano crispada en la empuñadura de los sables. Los demás agonizaban silenciosamente.

– ¡Viva García de Paredes! –exclamaron entonces los españoles, rodeando al héroe moribundo.
– Celedonio... –murmuró el farmacéutico–. El opio se ha concluido... Manda por opio a La Coruña...

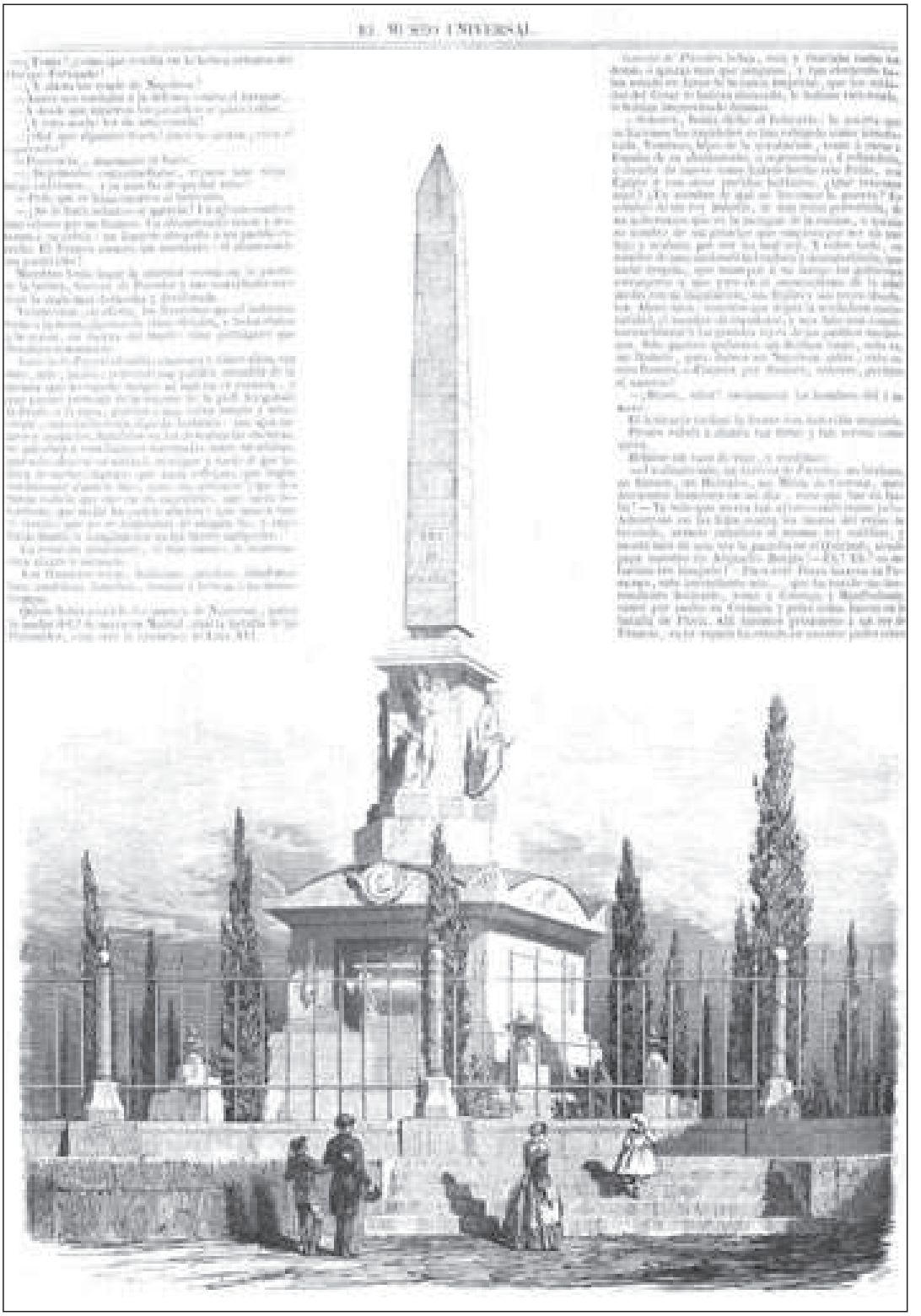
Y cayó de rodillas.

Sólo entonces comprendieron los vecinos del Padrón que el boticario estaba también envenenado."

Naturalmente, el relato tiene otros muchos atractivos, tales como las descripciones iniciales del escenario en el que se van a desarrollar los hechos, que Alarcón aprovecha para suministrar ideología y pensamiento, al referirse a la oscura noche emparentable con la oscura situación del país:

"En la pequeña villa del Padrón, sita en territorio gallego, y allá por el año de 1808, vendía sapos y culebras y agua llovediza, a fuer de legítimo boticario; un tal García de Paredes, misántropo solterón, descendiente acaso, y sin acaso, de aquel varón ilustre que mataba un toro de una puñada.

Era una fría y triste noche de otoño. El cielo estaba encapotado por densas nubes, y la total carencia de alumbrado terrestre dejaba a las tinieblas campar por sus respetos en todas las calles y plazas de la población.



Fragmento de El afrancesado, *publicado el 30 de abril de 1858 en la revista* El Museo Universal.

> A eso de las diez de aquella pavorosa noche, que las lúgubres circunstancias de la patria hacían mucho más siniestra, desembocó en la plaza que hoy se llamará de la Constitución un silencioso grupo de sombras, aún más negras que la oscuridad de cielo y tierra, las cuales avanzaron hacia la botica de García de Paredes, cerrada completamente desde las Ánimas, o sea desde las ocho y media en punto."

El resto del relato también utiliza el procedimiento estructural del coro, que en el interior de la botica, forman los militares convidados por el afrancesado, militares del mismo modo innominados que alardean de sus pequeñas victorias mientras beben el vino que les ofrece su insospechado ejecutor, quien, en gesto muy alarconiano por lo peregrino y desmesurado, lleva a cabo la siniestra cuenta de sus logros, que les llevará a la muerte:

> "Los franceses se rieron de admiración al ver al farmacéutico ocupado en ajustar cuentas cuando le rodeaban la muerte y la ruina.
>
> Celedonio alzó la cabeza y enristró la pluma, esperando cantidades que anotar.
>
> – ¡Vamos a ver, señores! –dijo entonces García de Paredes, dirigiéndose a sus comensales–. Se trata de resumir nuestra fiesta en un solo brindis. Empecemos por orden de colocación. Vos, capitán, decidme: ¿cuántos españoles habréis matado desde que pasasteis los Pirineos?
> – ¡Bravo! ¡Magnífica idea! –exclamaron los franceses.
> – Yo... –dijo el interrogado, trepándose en la silla y retorciéndose el bigote con petulancia–. Yo... habré matado.... personalmente... con mi espada..., ¡poned unos diez o doce!
> – ¡Once a la derecha! –gritó el boticario, dirigiéndose al mancebo.
>
> El mancebo repitió, después de escribir: «Deuda... once».
>
> – ¡Corriente! –prosiguió el anfitrión–. ¿Y vos?... Con vos hablo, señor Julio...
> – Yo... seis.
> – ¿Y vos, mi comandante?
> – Yo... veinte.
> – Yo... ocho.
> – Yo... catorce.
> – Yo... ninguno.
> – ¡Yo no sé!...; he tirado a ciegas... –respondía cada cual, según le llegaba su turno.

– Y el mancebo seguía anotando cantidades a la derecha.
– ¡Veamos ahora, capitán! –continuó García de Paredes–. Volvamos a empezar por vos. ¿Cuántos españoles esperáis matar en el resto de la guerra, suponiendo que dure todavía... tres años?
– ¡Eh!... –respondió el capitán–. ¿Quién calcula eso?
– Calculadlo...; os lo suplico...
– Poned otros once.
– Once a la izquierda –dictó García de Paredes.

Y Celedonio repitió:

– Crédito, once.
– ¿Y vos? –interrogó el farmacéutico por el mismo orden seguido anteriormente.
– Yo... quince.
– Yo... veinte.
– Yo... ciento.
– Yo... mil –respondían los franceses.
– ¡Ponlos todos a diez, Celedonio!... –murmuró irónicamente el boticario–. Ahora, suma por separado las dos columnas."

Un aspecto que llamó mucho la atención a Montesinos, a la hora de analizar la posición de Alarcón frente a los franceses, y la posibilidad de que se viese representado el novelista en el heroico boticario del Padrón, lo constituyen los discursos que pronuncia, en clave irónica, el boticario en su cena con los militares enemigos:

"– ¡Señores! (había dicho el boticario): la guerra que os hacemos los españoles es tan necia como inmotivada. Vosotros, hijos de la Revolución, venís a sacar a España de su tradicional abatimiento, a despreocuparla, a disipar las tinieblas religiosas, a mejorar sus anticuadas costumbres, a enseñarnos esas utilísimas e inconcusas «verdades de que no hay Dios, de que no hay otra vida, de que la penitencia, el ayuno, la castidad y demás virtudes católicas son quijotescas locuras, impropias de un pueblo civilizado, y de que Napoleón es el verdadero Mesías, el redentor de los pueblos, el amigo de la especie humana....». ¡Señores! ¡Viva el Emperador cuanto yo deseo que viva!"

Texto, por lo visto, muy recortado en la edición definitiva, respecto al que apareció en 1858 en *El Museo Universal*. Este último merece la pena ser recordado, por contener, bien que en clave irónica, como ya sabemos muchas ideas liberales, que Alarcón abandonaba en aquellos años:

> "La guerra que os hacemos es tan estúpida como inmotivada. Vosotros, hijos de la revolución, venís a sacar a España de su abatimiento, a regenerarla, a refundirla, a crearla de nuevo, como habéis hecho con Italia, con Egipto y con otros pueblos bárbaros. ¿En nombre de qué os hacemos la guerra? En nombre de un rey imbécil, de una nación pervertida, de un gobernante que es la mengua de la nación, o quizá en nombre de un príncipe que empieza por ser un mal hijo y acabará por ser un mal rey. Y sobre todo en nombre de una nacionalidad caduca y desautorizada, que nadie respeta, que manejan a su antojo los gobiernos extranjeros y que yace en el oscurantismo de la edad media, con su inquisición, sus frailes y sus gobiernos absolutos. Ahora bien: vosotros nos dejáis la verdadera nacionalidad, el nombre de españoles, y nos dais una constitución liberal y las grandes leyes de los pueblos modernos. Sólo queréis quitarnos un Borbón tonto, esto es, un francés, para darnos un Napoleón sabio, esto es, otro francés. Francés por francés, señores, prefiero el vuestro."[7]

Y que Montesinos comenta así:

> "Aquel discurso, perfectamente coherente con el carácter que el Afrancesado tiene que representar, expone la más honda tragedia de la Guerra de Independencia: que nuestro pueblo tenía razón y no la tenía; que al afirmar su voluntad nacional heroicamente, volvía a dar entrada a cuanto con ella era incompatible, y que por este simultáneo afirmar dos cosas contradictorias, necesitado de escoger, acabaría en un momento infausto por gritar: «¡Muera la nación!». Y el pueblo se equivocaba porque sus *élites* no estaban a su nivel, ni lo comprendían ni eran comprendidas. Si Alarcón hubiera sentido siempre así ese problema español, problema de toda nuestra historia moderna, sus relatos, siendo igualmente artísticos, hubieran sido mucho más profundos. Pero no solamente no supo calar al fondo, sino que a medida que el tiempo pasa, elude cada vez más el plantearse la cuestión. Véase con qué pobres sarcasmos ha echado a perder el trozo citado en la edición definitiva, preparada, no se olvide, en sus años de conservador, bien hallado con todo."[8]

Respecto a *El carbonero alcalde* se ha destacado el manejo de la ironía y de lo caricaturesco en el relato en una extraña mezcla de lo trágico con lo cómico. Aunque Alarcón no duda en destacar el heroísmo del alcalde y de las gentes del pueblo, no ahorra sin embargo descripciones que al ponderar la rudeza y rusticidad de los habitantes rozan la caricatura, ya que en algún momento son comparados con los orangutanes. Este aspecto, tan interesante, y tan propio de la narrativa española de la segunda mitad del siglo XIX, es uno de los ingredientes más originales de este relato de Alarcón.

Tal como estudió María Dolores Royo Latorre, este relato se destaca entre las demás *Historietas* por la mezcla tremenda de lo humorístico y lo trágico y

quizá la razón de este carácter excepcional estribe en el carácter de aventura individual que posee en el marco de una tragedia colectiva.

El propio Alarcón denominó al pueblo que se disponía a protagonizar la tragedia, "tan risible como admirable, tan grotesco como imponente, tan ridículo como aterrador". Y así lo advierte Royo:

> "Lo grotesco será uno de los principales resortes del humor en el relato, que, partiendo de la ironía, deriva hacia la parodia para finalizar trágicamente. Un humor que se sirve de los más variados ingredientes –narración, descripciones, parlamentos y diálogos– como vehículo expresivo, y que, dominante en la primera mitad del cuento, irá atenuándose de forma gradual hasta desaparecer en la truculenta escena última, superflua para algunos pero de gran impacto sin duda para otros, entre ellos seguramente los lectores ideales de Alarcón. La ambientación histórica que preludia los sucesos hace de la ironía el instrumento clave para la captación del interés del lector. Pero es una ironía transparente, que evita cualquier asomo de ambigüedad con la ayuda incluso de signos externos, gráficos (subrayados, paréntesis), que permitan al narrador dejar clara su postura ante lo que expone: una situación de «paz en la guerra», a dos años del inicio de la invasión francesa, que es, en el fondo, un auténtico estado de guerra en la paz, por la resistencia de pueblos enteros a aceptar la presencia del invasor."[9]

Y así es, en efecto: el comienzo del cuento no puede ser más irónico, y Alarcón sin duda lo formula así para captar la atención de su lector y mostrar de forma hiperbólica los resultados de una situación denigrante, de acuerdo, como ya hemos visto, con su ideología:

> "Dos meses habían pasado desde esta aborrecida fecha, y las tropas de Napoleón seguían dominando en Guadix por tal arte, que aquella tierra clásica de revoltosos y guerrilleros era ya una balsa de aceite. Apenas se veía algún que otro buen patriota ahorcado en los miradores de las Casas Consistoriales, y ya iban siendo menos sorprendentes ciertas misteriosas bajas del ejército invasor, ocasionadas, según todo el mundo sabe, por la manía en que dieron los guadijeños, como otros muchos españoles, de arrojar al pozo a sus alojados: comenzaba la plebe a chapurrar el francés, y hasta los niños sabían ya decir «didon» para llamar a los conquistadores, lo cual era claro indicio de que la asimilación de españoles y franceses adelantaba mucho, haciendo esperar a los transpirenaicos una pronta identificación de ambos pueblos: ya bailaban nuestras abuelas... (es decir, las abuelas de los nietos de los afrancesados; que no las mías, a Dios gracias), ya bailaban, digo, con los oficiales vencedores en Marengo, Austerlitz y Wagram, y aun había ejemplo de que alguna beldad despreocupada, con peina de teja y vestido de medio paso, que era la suma

elegancia en aquel entonces, hubiese mirado con buenos ojos a éste o aquél granadero, dragón o húsar nacido en lejanas tierras: ya extendían los curiales toda clase de documentos públicos en papel que había sido del reinado de don Fernando VII, y al cual se acababa de poner la siguiente nota: «Valga para el reinado del Rey nuestro señor D. José Napoleón I»: ya se dignaban oír misa, los domingos y fiestas de guardar, aquellos hijos de Voltaire y Rousseau, bien que los generales y jefes superiores la oyesen, como ateos de más alta dignidad, arrellanados en los sillones del presbiterio y fumando en descomunales pipas... (histórico): ya los frailes de San Agustín, San Diego, Santo Domingo y San Francisco habían consumido todas las hostias sagradas y evacuado por fuerza sus conventos, para que sirviesen de cuarteles a los galos; ya, en fin, era todo paz varsoviana, oficial alegría y entusiasmo bajo pena de muerte en la antigua corte de aquellos otros enemigos de Cristo que reinaron en Guadix por la gracia de Alá y de su profeta Mahoma."

Del mismo modo, podemos advertir la tendencia a lo irónico y a lo hiperbólico en la descripción del personaje principal, de acuerdo con lo ya señalado. La tendencia a la caricatura es evidente:

"Era la primera autoridad de la villa un mortal de cuarenta y cinco a cincuenta años, alto como un ciprés, huesoso o *nudoso* (que ésta es la verdadera palabra) como un fresno y fuerte como una encina; aunque, a decir verdad, su largo ejercicio de carbonero habíale requemado y ennegrecido de tal modo que, de parecer una encina, parecía una encina hecha carbón. Sus uñas eran pedernal; sus dientes, de caoba; sus manos, de bronce pavonado por el sol; su cabello, por lo revuelto y empajado, cáñamo sin agramar, y por la calidad y el color, el cerro de un jabalí; su pecho, que la abierta camisa dejaba ver de hombro a hombro y del cuello hasta el estómago inclusive, parecía cubierto de una piel de caballo que se hubiese arrugado y endurecido a fuerza de estar sobre ascuas y, efectivamente, el cerdoso vello que poblaba su saliente esternón hallábase chamuscado, así como sus pobladas cejas... Y consistía esto en que el señor alcalde era carbonero (o sea, *ranchero de la sierra*, según que ellos se llaman), y había pasado toda su vida en medio de un incendio, como las ánimas del Purgatorio.

Con respecto a los ojos de Manuel Atienza, no podía negarse que *veían*; pero nadie hubiera asegurado nunca que *miraban*. La advertida ignorancia de su merced, junta a la malicia del mono y a la prevención del hombre entrado en años, aconsejábale no fijar nunca la vista en sus interlocutores, a fin de que no descubriesen las marras de su inteligencia o de su saber; y si la fijaba, era de un modo tan vago, tan receloso, tan solapado, que parecía que aquellas pupilas miraban hacia adentro, o que aquel hombre tenía otros dos ojos detrás de las orejas, como las lagartijas. Su boca, en fin, era la de un alano viejo; su frente

EL MUSEO UNIVERSAL.

EL CARBONERO ALCALDE.

Fragmento de El carbonero alcalde, *publicado en septiembre de 1859 en la revista* El Museo Universal.

> desaparecía debajo de las avanzadas del pelo; su cara relucía como el cordobán curtido, y su voz, ronca como un trabucazo, tenía ciertas notas ásperas y bruscas como el golpe del hacha sobre la leña."

Y una buena prueba de la mezcla de lo ridículo y lo sublime, es cuando en el marco tan rústico del pueblo, y ante los vítores que los orangutanes habitantes de La Peza dirigen a su alcalde, éste estalla en grandeza y dice: "– ¡Qué alcalde ni qué cuerno! ¡Viva Dios! ¡Viva Lapeza! ¡Viva la independencia española!". Y con estos mimbres, todos los episodios del relato se ven enmarcados en una misma actitud del narrador.

La mezcla de lo trágico con lo cómico se intensifica cuando se llevan a cabo otras mezclas, como la de lo prosaico con lo lírico o lo sublime con lo ridículo, como puede apreciarse en muchas de las actitudes del alcalde de La Peza dirigiendo el combate y preocupándose por el ahorro de la munición en el momento de mayor tragedia. Pero la caricatura también afecta, como no podía ser de otro modo, a las descripciones y actitudes del enemigo. En la arenga del general francés no hay propósitos heroicos sino bien prosaicos, como puede ser la obtención de alimentos, de carne en concreto para su tropa, en una excelente mezcla de lo sublime y lo ridículo:

> "– ¡Es necesario –dijo entonces a sus tropas– que las águilas del Imperio se extiendan por todas partes! Desparramaos por cuantas villas, lugares y cortijos comprende el territorio de mi mando: llevadles la buena nueva del advenimiento de don José I al trono de San Fernando: tomad posesión de ellos en su nombre, y traedme a la vuelta cuanto ganado encontréis en sus corrales y rediles. ¡Viva el emperador!"

En todo caso, el relato, como no podía ser de otro modo en un maestro de la narrativa como lo fue Alarcón, conduce todos sus elementos estructurales a la coronación del final trágico, en el que se volverá a mezclar lo sublime con lo ridículo, lo brillante con lo sombrío, cuando una tragedia colectiva y general se individualice en la víctima inocente de un muchacho, que con su padre, eran los únicos prisioneros, aunque Alarcón oculta el parentesco hasta la última línea del cuento, para intensificar el dramatismo.

El incremento o la acentuación del horror, la escalada de desmanes del enemigo, contrasta con la torpeza de los ejecutores, que no son capaces de que un cadalso funcione correctamente, asaltando la dignidad del condenado hasta límites extremos. El propio Alarcón se asombra, y así lo avisa, ante la magnitud de la tragedia: "de índole demasiado feroz" indica discretamente, en una de sus características confidencias con el lector. El final no puede ser más trágico:

"Entonces Godinot no puede menos de admirar la actitud verdaderamente antigua, clásica, espartana de aquellos montañeses. Pero con todo, insiste en que sean ahorcados los dos débiles prisioneros...

Nuestros padres nos han referido muchas veces los pormenores de aquella ejecución...

Pero nosotros la contaremos rápidamente...

Son de índole demasiado feroz para que la pluma se detenga en su relato.

Ataron una soga al cuello del niño, y lo arrojaron desde un mirador de la casa del Ayuntamiento a la Plaza Mayor de Guadix.

Rompióse la soga, que sin duda era vieja, y el niño cayó contra el empedrado.

Anudaron la parte rota, tornaron a subir a la pobre criatura, colgáronlo de nuevo, y la soga se volvió a romper.

El niño quedó en el suelo sin poder moverse. No había muerto pero todos sus remos se habían roto.

Entonces un oficial de dragones, conmovido al mirar que se pensaba en colgarlo por tercera vez, llegóse al infeliz... y le deshizo la cabeza de un pistoletazo.

Saciada de este modo, al menos por aquel día, la ferocidad de los vencedores, dignáronse perdonar al anciano enfermo, el cual había presenciado toda la anterior escena acurrucado al pie de una columna, esperando a que le llegase su vez de ser ahorcado...

Diéronle, pues, libertad, y el pobre viejo salió de la plaza corriendo y tambaleándose, y tomó el camino de su pueblo, donde murió de tristeza aquella misma noche.

¡El niño asesinado en Guadix... era su hijo!"

Sin duda, con Pedro Antonio de Alarcón nos hallamos ante una visión de la Guerra de la Independencia singular, en la que se han advertido sus capacidades indudables de narrador de primera categoría, pero en la que también se ha podido constatar la presencia de su propia ideología conservadora y nacionalista, patriótica en definitiva, de acuerdo con el concepto decimonónico de tal término. Una visión, en definitiva, muy interesante que refleja admirablemente el pensamiento de muchos españoles de aquellos años de Alarcón, distantes sin duda, afortunadamente, de nuestro tiempo presente.

NOTAS

1. Cfr. ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Historietas nacionales* [ed. de Luis González-Palencia]. Salamanca: Anaya, 1971, pp. 27-28.
2. *Ibidem*, p. 28.
3. FERNÁNDEZ MONTESINOS, José. *Pedro Antonio de Alarcón*. Madrid: Castalia, 1977, p. 127.
4. Cfr. ALARCÓN, Pedro Antonio de. «El afrancesado»: *El Museo Universal*, 8 (Madrid, 30 de abril de 1858), pp. 59-62; ALARCÓN, Pedro Antonio de. «El carbonero alcalde. Episodio de la Guerra de la Independencia»: *El Museo Universal*, 17 (Madrid, 1 de septiembre de 1859), pp. 130-131
5. Vid. ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Obras de Pedro Antonio de Alarcón*, v. 2. *Historietas nacionales*. Madrid: Suc. de Rivadeneyra, 1899.
6. Para los textos, seguimos ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Obras literarias*, III: *Novelas cortas (Cuentos amatorios. Historietas nacionales. Narraciones inverosímiles)* [ed. de Carlos Clavería y Jorge García López]. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2005.
7. ALARCÓN, Pedro Antonio de. «El afrancesado…», p. 60.
8. FERNÁNDEZ MONTESINOS, José. *Op. cit.*, p. 131.
9. ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Los relatos* [ed. de María Dolores Royo Latorre]. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1994, p. 56.